
Fernán González, S. J.

LA EVANGELIZACION DE LA CULTURA

Este discurso papal se refiere directamente a la cultura latinoamericana y a sus raíces en relación con el Evangelio; fue pronunciado el 30 de enero de 1985 en la Iglesia colonial de la Compañía de Jesús en Quito, ante mil personas del mundo intelectual y artístico del Ecuador: profesores universitarios, escritores, científicos, artistas e intelectuales.

Juan Pablo II inicia sus palabras expresando su respeto por lo que significa su auditorio: hasta el propio ámbito físico del encuentro (una de las más bellas iglesias coloniales del Ecuador) expresa el *aprecio que la Iglesia del Ecuador ha mostrado siempre por los valores artísticos y su raigambre histórica*; este templo es ejemplo de “la transfiguración de la materia con la que el hombre expresa su historia, conserva y comunica sus aspiraciones y experiencias más hondas, encarna y transmite una herencia espiritual a las generaciones venideras”.

Analiza luego el Pontífice la herencia espiritual que ha ido forjando la nación ecuatoriana como “el resultado de un *fecundo encuentro entre la fe católica y la religiosidad indígena de este país*”: este encuentro ha creado “una cultura autóctona portadora y transmisora de grandes valores humanos, en-

noblecidos por el Evangelio". Estos valores impregnan las formas de vida familiar y social: la "memoria histórica de luchas y triunfos", la "común aspiración de patria" están también simbolizados en los grandes temas religiosos que viven en la cultura popular y en el arte nacional. En este sentido, la Iglesia pudo ser definida como "modeladora de la nacionalidad" en el Ecuador.

Este análisis del Papa puede extenderse casi a todas las naciones iberoamericanas y expresa la *concepción* que tiene Juan Pablo II de la *tradición histórica de la Iglesia iberoamericana y de su consiguiente misión actual* en el continente, lo mismo que de la relación ideal entre cultura y evangelización. Tal vez la situación histórica de la Iglesia en su amada Polonia le permite este acercamiento a la Iglesia iberoamericana, lo mismo que su convencimiento de la necesidad de que la fe se encarne en una cultura.

Pero el Papa no se contenta solamente con recordar el pasado sino que subraya que este recuerdo debe implicar un esfuerzo para el presente y un reto para el futuro: los hijos de la Iglesia deben seguir evangelizando pues "la fe que no se convierte en cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no vivida en total fidelidad".

Consiguientemente con este reto, el Papa recuerda que siempre se ha preocupado por el tema de la cultura de la Iglesia y de su irradiación como diálogo con la sociedad actual, pensando en la necesidad de poner los fundamentos de "una nueva evangelización" del mundo cultural, de "un diálogo permanente entre fe y cultura, Iglesia y sociedad".

Para la Iglesia, afirma el Pontífice, el *punto de referencia de la cultura* es el hombre, "tal como ha sido querido y creado por Dios", con sus valores, aspiraciones espirituales, sus necesidades, su realidad histórica, etc. Pero la ambigüedad y el error está también presente en este acervo de valores, que puede ser así manipulado en contra de la dignidad del mismo hombre. Por eso, la actitud de la Iglesia frente a su cultura es de atenta acogida y diálogo pero sin renunciar a la *evangelización de la cultura*, "que consiste en anunciar la buena noticia del Evangelio, de los valores profundos del hombre, de su dignidad, de la constante elevación que exige su condición de

hijo de Dios'. Con ese fin, la Iglesia pone *en el horizonte de la cultura* la persona del *Hombre nuevo, Jesucristo*, "que manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación".

Según Juan Pablo II, la Iglesia tiene la convicción de que su evangelización de la cultura es un alto *servicio a la humanidad*, especialmente a la de nuestro tiempo, amenazada paradójicamente por los logros de su cultura autónoma, que con frecuencia atenta contra la dignidad del hombre. Por eso, la Iglesia insiste en su convicción de que el contacto del Evangelio con la sociedad crea auténtica cultura y de que la cultura que nace de ese encuentro es humana y humanizadora.

Recuerda luego el Papa que la *evangelización de la cultura supone dos cosas*: que la tarea evangelizadora no puede realizarse "al margen de lo que es y lo que está llamada a ser la cultura nacional" y que esta no puede dejar de prestar atención a los valores religiosos y cristianos que "lleva en su propia entraña", sin traicionarse a sí misma.

Juan Pablo II anuncia después un llamado que es extensivo también a otros pueblos iberoamericanos: es hora de hacer desaparecer las incomprensiones y los celos entre la Iglesia y los representantes de la cultura, pues la Iglesia quiere ser "garantía y lugar de diálogo, de reconciliación y convergencia de todos los esfuerzos culturales que miran a la elevación del hombre". El Papa llama a construir "juntos el camino de la verdad", "la civilización del amor" para servir al hombre, especialmente al más necesitado, que es el que espera más en la misión de la Iglesia y en la inteligencia de "los hombres influyentes de su patria".

En esta tarea deben *buscar su puesto los cristianos* y "las instituciones eclesiales de cultura", hermanando "las exigencias de la fe y los requisitos de la cultura", dentro de la libertad, del respeto, de la limpia participación política, "en fructuoso diálogo con todos los intelectuales, sin privilegios ni discriminaciones, sin renunciar a proponer y pedir respeto hacia los propios valores". Este proyecto adquiere carácter urgente ante los nuevos retos de hoy: "La convivencia social, el impacto del materialismo, la amenaza de la violencia".

El Papa señala que hasta hoy se ha podido conservar “en este extremo occidental de la América del Sur”, “la *síntesis dinámica de la convivencia social* surgida del encuentro de diversas razas, cosmovisiones y culturas, bajo un signo de carácter cristiano”. Por esto, Juan Pablo II, al aproximarse el V Centenario de “la epopeya evangelizadora”, vislumbra la *posibilidad de que Latinoamérica ofrezca al mundo un modelo de civilización cristiana* en sus obras y estilo de vida invitando a los intelectuales ecuatorianos a esa tarea: “Al robustecimiento de la nacionalidad, desde sus raíces de moralidad evangélica vivida y alimentada por la doctrina de la Iglesia”.

El Papa añade que esta convivencia social debe *profundizarse ante las nuevas exigencias de la sociedad* actual, que piden “un gran esfuerzo en favor de la justicia del cambio de estructuras injustas y de la liberación del hombre de todas las esclavitudes que le amenazan”. A renglón seguido, Juan Pablo II recuerda que existen “fuerzas sociales alimentadas bajo el signo de materialismos teóricos y prácticos” que quieren instrumentalizar los análisis de la realidad social mientras elaboran estructuras políticas y económicas donde el hombre, “desposeído de su ser íntimo y trascendente”, se convierte en una pieza más del mecanismo que lo priva de su libertad y dignidad interiores.

Al final del discurso, el Pontífice enumera algunas de las responsabilidades culturales de los intelectuales cristianos:

1. La moralidad en la vida privada y pública como la primera y fundamental dimensión de la cultura.
2. “El ordenamiento armonioso de las condiciones sociales”: La cultura es inseparable de la política entendida como arte del bien común, de la justa participación en los recursos, de la ordenada colaboración en libertad. La cultura debe ayudar a la política, sin dejarse instrumentalizar por el poder político.
3. La búsqueda de la paz y justicia social en el amor y mutuo respeto, desde la originalidad cristiana y la sabiduría popular.

4. La construcción de la convivencia humana, que no necesita apoyarse en "falaces ideologías contrapuestas": para ésto, los intelectuales deben ofrecer "un serio análisis que restituye toda su importancia autónoma a los factores específicamente culturales, más allá de los simples indicadores económicos, en los que queda prisionera la visión materialista de la sociedad".

El Papa concluye su intervención exhortando a sus oyentes a *continuar la presencia* de la Iglesia en el mundo universitario y resumiendo los rasgos de la misión de los hombres de la cultura en la contribución solidaria a la *elevación del hombre ecuatoriano*, que describe como "hombre sufriente y oprimido muchas veces, hombre profundamente religioso y trabajador, que no quiere caer bajo la dictadura de los materialismos; hombre con un inmenso patrimonio cultural que está luchando por preservar, para elevar así su propia dignidad. . .".

APARTES DE SU DISCURSO

— Encuentro entre la fe y la religiosidad indígena

La herencia espiritual que ha ido forjando la nación ecuatoriana es el resultado de un fecundo encuentro entre la fe católica y la religiosidad indígena de este país; encuentro que ha creado una cultura artística autóctona, portadora y transmisora de grandes valores humanos, ennoblecidos por el Evangelio.

Son valores sustanciales que impregnan y aglutinan vuestras formas de vida familiar y social, privada y pública. Una sabiduría profunda de vuestra gente, una memoria histórica de luchas y triunfos, una común aspiración de patria, están simbolizadas en los mismos grandes temas religiosos que viven en el pueblo como focos de actividad cultural, y que inspiran la instrucción, el arte, las artesanías, la fiesta y el descanso, la convocación multitudinaria y hasta la organización misma de las comunidades. (n. 2).

— Diálogo de la Iglesia con la sociedad

Todo esto no es solamente recuerdo de un pasado. Es esfuerzo de actualidad y reto para el futuro, que pasa por el grave compromiso que los hijos de la Iglesia tienen de seguir evangelizando la cultura, de seguir encarnando la fe en la cultura, porque, como he di-

cho en otra ocasión, la fe que no se convierte en cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no vivida en total fidelidad. (n. 3).

— Evangelización de la cultura

Para la Iglesia, la cultura tiene como punto de referencia el hombre, tal como ha sido querido y creado por Dios; con sus valores humanos y sus aspiraciones espirituales, con sus necesidades y realidad histórica, con sus connotaciones ambientales, con sus múltiples riquezas tradicionales. Sabemos que este acervo de valores no está exento de ambigüedades y errores; que puede ser manipulado para fines que a la larga atentan contra la dignidad del hombre.

Por eso la Iglesia se pone ante la cultura en atenta y respetuosa actitud de acogida y de diálogo, pero no puede renunciar a esa evangelización de la cultura que consiste en anunciar la buena noticia del Evangelio, de los valores profundos del hombre, de su dignidad, de la constante elevación que exige su condición de hijo de Dios. A tal fin, pone en el horizonte de la cultura la palabra, la gracia y la persona del Hombre nuevo, Jesucristo, que “manifiesta plenamente el hombre, al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (cf. *Gaudium et spes*, 22; *Redemptor hominis*, 8, 13).

Es convicción de la Iglesia que su diálogo y evangelización de la cultura constituyen un alto servicio a la humanidad, y de manera especial a la humanidad de nuestro tiempo, amenazada paradójicamente por lo que podrían considerarse logros de su cultura autónoma; y que con frecuencia se convierten en atentados contra el hombre, contra su dignidad, su libertad, su vocación espiritual. (n. 4).

— Buscar la verdad y construir juntos la civilización de la dignidad humana

Ante todo me parece justo recordar que la obra de la evangelización de la cultura en vuestra nación supone a la vez dos cosas: que la tarea evangelizadora no puede realizarse al margen de lo que es y lo que está llamada a ser vuestra cultura nacional; y que, paralelamente, la cultura ecuatoriana no podrá, sin traicionarse a sí misma, dejar de prestar atención a los valores religiosos y cristianos que lleva en su misma entraña; antes bien, deberá tener un fecundo y enriquecedor intercambio con estos valores.

La Iglesia, además, quiere ser garantía y lugar de diálogo, de reconciliación y convergencia de todos los esfuerzos culturales que miran a la elevación del hombre. Permitidme decir que es hora de que hagamos desaparecer las incompreensiones y recelos que han podido surgir, en esta nación, entre Iglesia y representantes de la cultura. Construyamos juntos el camino de la Verdad, que siendo única, hará confluir hacia ella los propósitos bienintencionados de todos; construyamos juntos la civilización de la dignidad del hombre, del culto insobornable a la moralidad, del respeto a la conciencia sincera; en una palabra, la civilización del amor, asumiendo con responsabilidad las tareas de fidelidad a la propia condición y al propio futuro. Nuestro encuentro es ya un signo y compromiso de colaboración entre la Iglesia y las instituciones culturales del Ecuador, para servir al hombre de esta nación, especialmente al más necesitado, al que más pone su esperanza de progreso y libertad en la misión de la Iglesia y en la rectitud de la inteligencia de los hombres influyentes de su patria (n. 5).

— Gran esfuerzo en favor de la Justicia

Hasta ahora ha podido preservarse, en este extremo occidental de América del Sur, la síntesis dinámica de convivencia social surgida del encuentro de diversas razas, cosmovisiones y culturas bajo un signo de carácter cristiano.

Ante las nuevas exigencias de la sociedad actual, que reclama justamente metas de mayor dignidad para las personas, se impone un gran esfuerzo en favor de la justicia, del cambio de estructuras injustas y de la liberación del hombre de todas las esclavitudes que le amenazan. Sin que podamos olvidar, ante la tarea que nos incumbe, que fuerzas sociales alimentadas bajo el signo de cualesquiera materialismos, teóricos o prácticos, quieren instrumentalizar, al servicio de sus propias finalidades, los dirigidos análisis de la realidad social; mientras elaboran estructuras políticas y económicas en las que el hombre, desposeído de su ser íntimo y trascendente, pasa a ser una pieza más del mecanismo que le priva de su libertad y dignidad interiores, de su creatividad como ser libre ante la cultura sin fronteras (n. 6).

— Responsabilidades de los intelectuales

La moralidad en la vida privada y pública es la primera y fundamental dimensión de la cultura, como tuve ocasión de afirmar en la Unesco. Si se resquebrajan los valores morales en el cumplimiento del deber, en las relaciones de confianza mutua en la vida económica, en los servicios públicos en favor de las personas y de

la sociedad, ¿cómo podremos hablar de cultura y de cultura al servicio del hombre?

El ordenamiento armonioso de las condiciones sociales es uno de los máximos imperativos de nuestro tiempo. Por ello, en el sentido más noble, la cultura es inseparable de la política, entendida como el arte del bien común, de la justa participación en los recursos, de la ordenada colaboración dentro de la libertad. La cultura tiene que ayudar a esta noble tarea política, sin dejar que nadie se apropie indebidamente de la cultura y que la instrumentalice para sus propias miras de poder.

Es necesario también que vuestro pueblo, iluminado por los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia, encuentre el camino de la paz y de la justicia social en el amor y el mutuo respeto. No se trata de elegir simplemente entre la alternativa de los sistemas que se disputan la hegemonía del poder. Desde la originalidad cristiana, y desde la sabiduría de vuestro pueblo, hay que encontrar ese camino transitable que conduzca a la elevación y la paz social entre todos los hijos de vuestra patria.

Es urgente ese esfuerzo cultural, que, desde la misma entraña de este pueblo, construya una convivencia que no necesita apoyarse en falaces ideologías contrapuestas. Por eso, los intelectuales están llamados a ofrecer un serio análisis de la sociedad que restituya toda su importancia autónoma a los factores específicamente culturales, más allá de los simples indicadores económicos, en los que queda prisionera la visión materialista de la sociedad. (n. 7).